

Mary Pickford no quiere mirar al pasado porque cree que el suscitar un recuerdo es una crueldad



Mary Pickford, hoy convertida en una opulenta dama de negocios, propietaria de un rancho en Méjico, de pozos de petróleo en Oklahoma, de una estación de televisión en Carolina, juega con las palomas de Trafalgar Square, en Londres, feliz y sonriente, porque, como ha declarado a los periodistas, para ella no pasa el tiempo.

UNO de estos últimos días se paró ante la puerta del Savoy, de Londres, un lujoso automóvil. De él descendió una mujer elegante, graciosa y vivaz, a pesar de que se aproximaba a los sesenta años. La acompañaban su marido, una secretaria y una camarera. Toda la servidumbre del hotel se inclinaba al paso de aquella archimillonaria americana que tenía un rancho en Méjico, pozos de petróleo en Oklahoma, una estación de televisión en Carolina septentrional, una hacienda en Florida y la tercera parte de las acciones en una de las empresas cinematográficas más importantes de Hollywood. En el registro del Savoy firmó con el nombre de Mrs. Charles B. Rogers.

A las pocas horas de su llegada, un grupo de periodistas esperaba ser recibido por la dama, porque la señora Rogers se había llamado en el mundo del cine Mary Pickford. Y este nombre, a pesar de los años transcurridos desde que dejó de rutilar en las pantallas, aún despierta la admiración de las gentes. Mary Pickford, con el cabello plateado pero con la piel fresca y tersa, se conmovió ante los periodistas. "Hace treinta años—dice—hice mi primer viaje a Inglaterra, y este viaje constituye el mejor recuerdo de mi vida. Fue asaltada por la muchedumbre pagando aquel amor con que fui acogida." Y súbitamente, volviendo a la realidad, declaró: "No creo que volveré a interpretar ninguna película. Despertar un recuerdo es una de las mayores crueldades de este mundo."

AQUELLOS BUCLES DE ORO

Durante casi veinte años, Mary Pickford pasó por las pantallas del mundo entero sus bucles de oro. Símbolo de virtud e inocencia, ella fué la eterna muchacha romántica, heroína de tantas historias de amor simples e inocentes, de tantas tragedias vulgares que hicieron de-

rramar lágrimas a una generación. Mary Pickford fué el ídolo de los públicos cinematográficos desde 1911 hasta 1933. En esta fecha desapareció del cine Mary Pickford y se transformó en una emprendedora mujer de negocios. Recientemente ha vendido su estudio de Hollywood en dos millones de dólares. Durante veintidós años ha desarrollado una intensa actividad financiera. Cuanto ella tocaba se convertía en oro. Esta dura actividad financiera, que ha hecho de ella una de las mujeres más ricas del mundo, no parece estar muy en consonancia con la joven dulce e ingenua que fué en la pantalla.

Mary Pickford se llama en realidad Gladys Mary Smith, y nació en el Canadá, de padre inglés y madre irlandesa. Hasta el final de la primera guerra mundial conservó la ciudadanía inglesa. Su padre cobraba los billetes en el barco que hacía el servicio entre Toronto y Lewiston, y se fracturó el cráneo en un accidente de trabajo. La familia se trasladó a los Estados Unidos, y allí, muy joven, empezó Gladys su carrera artística. Su nombre de guerra lo tomó de un antepasado materno, que se llamaba John Pickford Hennessey.

A los diecisiete años ganaba cinco mil dólares, y a los veinte era la artista más popular del cine mudo. Y hasta los treinta y cinco siguió imponiendo su reinado cinematográfico que tenía por corona aquellos rubios cabellos que trataron de copiarla todas las jóvenes del mundo. Ella representó un cine infantil, ingenuo y sin malicia. Después vinieron las vampiras—Greta, Joan, Marlene—, los gangsters, el cine psicológico, con sus conflictos freudianos, oscuros y duros. Y entonces, Mary Pickford se dedicó a los negocios.

SU VIDA INTIMA

Mary Pickford se ha casado tres veces: con dos actores, Owen Moore y Douglas Fairbanks—que fué su gran amor—, y con su actual marido, Charles Rogers, diez años más joven que

ella, director de una orquesta de baile.

La mayor parte del año la pasa en su finca "Pickfair", en Hollywood. Allí tiene una gran casa de estilo inglés, con veinte habitaciones y adornada con objetos de arte que ha traído de varias partes del mundo. "Pickfair" es un nombre formado con las primeras sílabas de Pickford y Fairbanks, que es el apellido de su segundo marido, el gran intérprete de tantos films de aventuras que popularizó una sonrisa de anuncio de pasta dentífrica.

Como hemos dicho, Douglas Fairbanks fué el gran amor de su vida, y cuando se divorciaron se creyó que la vida de la actriz se iba a hundir. Pero ésta es una mujer de tesón que sabe sobreponerse a todas las penas y supo encontrar otro marido; lo mismo que cuando se terminó su vida de ingenua en el cine supo triunfar en el mundo de los negocios.

En 1919 fundó, con Griffith, Charlie Chaplin y Douglas, la United Artists, una de las productoras americanas de más éxito. Según dicen los enterados, este solo negocio la ha proporcionado ocho millones de dólares. Cantidad que es una pequeña parte de su pequeña fortuna, porque el oro parece haber seguido sus pasos por esta vida. Quizá envidioso del brillo de su rubio cabello. Y estos éxitos crematísticos son los que la han permitido decir ahora en Londres: "Yo no soy una de esas personas que están siempre recordando el pasado." Su vida está tan llena de solicitudes y de atractivos que ni tan siquiera tiene tiempo de darse cuenta del paso del tiempo. Aunque algunas veces, una nostalgia la invade y añora su época pretérita; quizá no sea porque eche en falta el triunfo artístico, sino porque se acuerda de que fué joven y rubia.

EL PAVOR DE MARY PICKFORD

Hace tres años, esa nostalgia que ella niega, la hizo pensar en

A pesar de ello, busca la intérprete para la historia conmovedora y feliz de la más famosa estrella del cine mudo

volver de nuevo al cine interpretando la película "El cerco de fuego".

Firmó un contrato, declaró que la película era interesantísima y se presentó puntual en el estudio el día señalado para empezar los ensayos. Pero veinticuatro horas más tarde abandonó todo y regresó a "Pickfair". ¿Qué había sucedido? Se había convenido en que la película se rodase en blanco y negro, pero los productores insinuaron que, para el mayor éxito de la película, quizá fuese conveniente que se emplease el technicolor, y Mary, fiel a su cine, renunció a interpretar el film. Esta fué la versión oficial; pero por Hollywood corrió la noticia de que la poderosa dama de negocios tuvo miedo de no ser ya capaz de resucitar a Mary Pickford. Y ella, que había estado actuando de in-

PUEBLO

Fin de semana

SUPLEMENTO DE LOS SABADOS

MADRID, SABADO 6 DE AGOSTO DE 1955

genia hasta los treinta y cinco años para consolarse de que nunca volvería a ser joven en la vida, ha declarado que si vuelve a intervenir en una película será para hacer el papel de madre.

Esta última visita que ha hecho a Londres está relacionada con el cine, al que, a pesar del éxito que ha tenido en su vida de negociante, no puede olvidar. Parece ser que su proyecto es producir una película que recoja la vida de Mary Pickford. Por lo pronto ha examinado a varias jóvenes actrices aspirantes al papel de protagonista. Ninguna la ha satisfecho plenamente, y, por otra parte, en Londres no es fácil encontrar una joven menuda

rubia como lo fué Mary. Además, y ésta es una consideración muy triste para la actriz y que la ha hecho darse cuenta del paso del tiempo, aunque ella no

mire al calendario, ninguna la ha visto en la pantalla. Todas han nacido después de haberse retirado ella. Pero ella se consuela con todos los triunfos que ha cosechado en su vida, y sus múltiples negocios no la dejan mucho tiempo para pensar en estos pequeños detalles sentimentales.

Sus horas de Londres no están ahora vacías. Es una mujer importante y tiene que atender a muchos compromisos sociales. En su viaje anterior fué recibida por la Reina y obsequiada por varios ministros. Bernard Shaw se honró entonces siendo su anfitrión. Mary Pickford sigue despertando la admiración y la simpatía por donde pasa. La dura mujer de negocios no ha podido matar la dulzura de la ingenua del cine, que sonríe lo mismo que cuando sus cabellos eran de oro.



Mary Pickford en la época de sus triunfos cinematográficos, cuando conmovía al mundo entero con sus románticas historias de amor de joven dulce y bondadosa, que personificaba una época feliz del cine, sin vampiras y complejos freudianos. Hasta los treinta y cinco años tuvo el secreto de la juventud, por lo menos en las pantallas cinematográficas. Ahora ha declarado que, de volver a interpretar un papel en alguna película, sería el de madre.

LOS GRANDES INVENTOS

EL GATO

Antes de inventarse el gato había gente que lo pasaba muy bien y gente que lo pasaba muy mal. En el primer caso estaban los ratones, y en el segundo, las señoras protectoras de animales.

Fueron estas señoras las que elevaron una solicitud a los inventores de entonces rogándoles que inventaran el gato cuanto antes, pues sin él resultaba difícilísimo proteger bichos. Ocurría que las pobres señoras protegían a los elefantes, a los murciélagos, a los cocodrilos y a otras bestias de este

ALONZA



tipo, y la protección les salía carísima, incómoda y desagradable.

No fue fácil inventar el gato. A los inventores, al principio, no les salía ni medio bien... Lo primero que les salió fue el perro. Las señoras que deseaban proteger al mínimo protestaron:

—Pero ¿qué porquería de gato es éste? Ni ronronea, ni juega con las madejas de lana, ni despidе chispas al ser frotado a contrapelo en la oscuridad, ni nada de nada... ¡Anden, anden, inventen el gato de una vez!

Los pobres inventores fueron inventando el conejo, el parche poroso, la flauta y otras muchas cosas antes de dar con el gato. Finalmente lo consiguieron, y las señoras esas se pusieron contentísimas.

El gato no ha experimentado grandes transformaciones desde entonces. Invento inútil entre los inútiles, no ha aprendido a hacer los recados, ni a cuidar de la casa, ni a morder a las ovejas, ni a salvar alpinistas en San Bernardo, ni a trabajar en el circo, ni siquiera a ladrarle a los mendigos.

A lo largo de siglos y siglos, el gato se ha limitado a hacer lo que usted ve: a tenderse al sol, a mayar a la luna, a jugar con un ratón cuando tiene gana, a comer cordilla y a frotarse el lomo contra la mano de las señoras protectoras.

Los hombres, que son tan raros, han tratado inútilmente de dar un sentido práctico a este estúpido invento quitándole la piel y metiéndole en una cazuela. Nadie ha conseguido que sepa a conejo. Y uno se alegra, pues para comer arroz con conejo ahí está el conejo.

En realidad puede afirmarse que el invento que comentamos sólo adquiere carácter de utilitario en las épocas de penuria y escasez, épocas éstas en las que uno no tiene ningún inconveniente en que le den gato por liebre.

Y, lo que son las cosas: cuando esto sucede, las señoras protectoras de animales ponen el grito en el cielo.

Rafael AZCONA



—¿Qué cuento es ese de que las fresas le producen urticaria?



—Señor, vengo por la mano de su hija.
—Muy bien. Juan, avisa a la señorita que está aquí el manicuro.



ELLA.—Me he enterado de que te has apuntado para el primer viaje a la Luna, pero no creas que te vas a ir sin mí.



EL CONDUCTOR.—Vaya, amigo, veo que ha tenido usted una suerte...



—¡Un solo movimiento y disparo!



—¡Para que te fies de las amigas! Me convencí para que lo dejase, porque iba a hacerme muy desgraciada...



LASE DE GRAMATICA

—Cuando digo "yo soy hermosa", ¿qué tiempo es?
—Tiempo pasado, señorita.



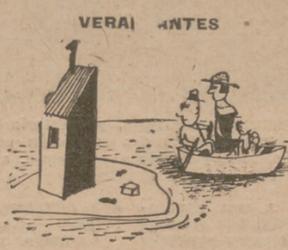
DIRECTOR CINEMATOGRAFICO

—El final de "Romeo y Julieta" no me gusta. Los casaremos.



EXAMEN DE CONDUCCION

—Si mata usted a un transeúnte más, señorita, temo que no podré darle el carnet.



VERA! ANTES

—Por algo decía el anuncio: "Casita aislada con playa propia."



Indias misteriosa



El gángster en casa del médico.



MAQUINILLA ELECTRICA

—Funciona bien, ¿verdad?



—Nos sigue una señora desde primera hora de la tarde.
—No te preocupes, Pepe. Es mi mamá.



—Perdona, papaito, pero no puedo casarme sin entrenarme un poco.

LOS NERVIOS DE LAS SEÑORAS SE ALTERAN A CAUSA de las MODAS

Una modista formal es como un piso desalquilado y sin traspaso

Ahora se llevan mucho las telas grises con mezclilla de azul



Una oficiala plisa cuidadosamente una falda

—Cincuenta pesetas menos.
—¿Y si la tela?—insistimos.
—Según, depende entonces de la hechura.

—Las matemáticas sufren aquí una pequeña alteración.

Si enumeramos prenda por prenda y parte por parte un traje y añadimos a cada prenda y a cada parte su precio, nos resultara una cierta cantidad. Hasta ahora el asunto marcha bien.

¡Ah! Pero si estas cantidades se solicitan en total, no sé por qué extraña multiplicación los gastos ascienden de modo alarmante.

—Pero, vamos a ver...: si el pantalón cuesta doscientas cincuenta pesetas y la chaqueta cuatrocientas, ¿cómo luego me cobra usted por todo mil?—inquirimos.

—No sé... Los hilvanes, los botones, los jornales..., el jaboncillo—responden.

Hay sastres dotados de una rara habilidad. Apenas un posible cliente hace su tímida aparición, el sastrer calcula:

—A éste—piensa—le vendo yo la tela gris con motas azules.

Y... efectivamente.
—Yo quisiera encargarme un traje azul marino—expone el cliente.

El sastrer, astuto, coloca el muestrario encima de la mesa y se dispone a actuar.

—¿No cree usted que el azul es demasiado serio?

—Pues sí.

—Ahora se llevan mucho para vestir las telas grises con mezclilla de azul... Mire, éste, por ejemplo.

Y le enseña la tela para él destinada.

—Es un tejido estupendo; no se arruga nunca.

El cliente expone sus dudas:

—Sí..., pero el caso es que yo quisiera una azul.

—Mire—sigue en sus explicaciones—, para que una tela azul dé buen resultado, tiene que ser de muy buena calidad; sino, a los dos meses no sirve para nada.

Y razona, razona y al final el señor saldrá de la tienda tan encantado con su traje de motas azules.

CLASES DE SASTRES

Hay sastres de distintas cate-

gorias. Los muy elegantes cuelgan de sus paredes grabados con señores ataviados de monteras o de gran gala. Los más pobres se limitan a recortar de los periódicos los anuncios de las casas de confección. Luego los clavan con tachuelas y tiras de papel negro.

Los primeros tienen a sus órdenes a varios ayudantes. Uno toma las medidas al cliente, el otro las apunta y el tercero le ayuda a colocarse la chaqueta, el abrigo, los guantes y el sombrero. Un cuarto le ofrece el cepillo y un quinto le abre la puerta. Todos estos señores tienen luego su lugar en la cuenta.

El dueño de tanta riqueza se limita a transmitir órdenes.

—Fulanito, apunta tanto de manga.

—Menganito, el cepillo.

—A ver, mide bien ese largo de pantalón.

LAS MODISTAS

—¡Ah!, las modistas merecen punto y aparte. Es un gremio realmente curioso. En cuanto llega el buen o mal tiempo, las señoras tiemblan.

—¿Qué horror!, tener que luchar ahora con las modistas—exclaman.

Y en realidad es una lucha.

Encontrar una modista formal es tanto como hallar un piso sin traspaso.

Una vez buscada la tela del vestido, hay que elegir el modelo y convencer a la modista de que nos urge, de que hace calor y de que no tenemos nada que ponernos.

—Pilar, por favor; necesito el vestido para el sábado.

Pilar pone cara de susto.

—El sábado. ¡Qué horror! No sé, no sé...

—Vamos, Pilar; un esfuerzillo.

—Intentaré.

Y llegan el jueves, el viernes y el sábado..., y el traje no llegó.

Al lunes siguiente insistimos:

—Pilar, ¡qué faena!

Ella se disculpa.

—Tuve mucho trabajo; fué imposible. Pero ahora en esta semana se lo tengo. Le avisaré por teléfono para que venga a probarse.

Pasan el martes, el miércoles, el domingo; vuelve a empezar la semana siguiente, y el vestido sigue en casa de la modista.

—Pero, Pilar, ¿no quedó usted en avisarme?

—Sí, sí; pero no he podido. Venga el martes.



Lo difícil de un vestido es el bajo. Nunca está redondo. Siempre cuelgan picos

El lunes por la noche se recibe una llamada telefónica.

—... Que dice Pilar, la modista, que no venga usted a probarse mañana.

Y la señora siente deseos terribles de envolverse en una sábana y decir que es mora.

Por hechura de un vestido, 300 pesetas.

Cinturilla, cuatro.

Botones, 25.

Corchetes, una.

Piquillo, cinco.

Crin, 21,50.

Hombrecas, seis.

Y así la lista se prolonga y prolonga y resulta que lo más barato es la hechura y lo más caro los anexos.

Si protestamos, ellas siempre encuentran razonable respuesta:

—¿Se ha fijado usted en la cantidad de ojales..., o en las costuras que lleva..., o en lo difícil del corte?

—Sí, ¡pero qué cuenta Pilar, la del Gran Capitán!

—¿Y la firma de la casa?—protesta.

¡Ah!, la firma es algo importante y sucede que los precios suben o bajan según la modista habite en un bajo, en un entresuelo sin luz o en un segundo piso con muebles bonitos y espejo de marco dorado.

Una etiqueta con el nombre de la modista da mucho carácter a los vestidos.

ELLAS SE DEFIENDEN

—Hay algunas clientes muy pelmas. Nunca están satisfechas.

Unas veces es el bajo, otras las mangas o el tallo. Siempre hay algún pero. Cuando ya está terminado el vestido se les ocurre una innovación: que si unas jaretitas, que si un bordado o unas mangas más estrechas...

—Pero ¿y lo tardonas que son ustedes?

—Es que tenemos mucho trabajo.

—Demasiado. Son unas acaparadoras. Cogen más labor de la que pueden.

—La vida está muy mal.

—Y los nervios y la salud de las señoras también. ¡Ustedes saben lo que sufrimos...!

María Pura RAMOS

ENTRE los miles de preocupaciones que aquejan a toda ama de casa, se cuentan las modistas y los sastres.

—Fulanito, que tienes que encargarte un traje!—recuerda la señora.

—Sí, mujer, pero un poco más adelante. Aún puedo tirar con éste.

Porque un traje nuevo es al-

go que requiere mucho tiempo, meditación y valor.

Lo primero que hay que hacer es tantear el mercado. Precios de telas, entretelas, forros e incluso botones. Comprobar si es buena la adquisición de un pantalón y una chaqueta ya confeccionados y marear al sastrer para que se lucre lo menos posible con nosotros.

—¿Y si pongo yo los forros?—preguntamos.



Las muchachas se afanan para entregar a tiempo la prenda y que no se sulfure la cliente



Un taller de modistas en plena actividad. Se trata de confeccionar ahora el traje de las damitas de honor

Un toro, un tiro y un zarpazo hirieron A TAMARA

Esta señorita torera aficionada se salvó por su sereno valor de morir VICTIMA DE UNA TERRIBLE SERPIENTE

Posee una colección de más de cien vestidos a la última, y la más completa y variada de pendientes



La belleza delicada y arrogante de Tamara se remarca con el aéreo traje corto torero durante un descanso en una de sus actuaciones

La actualidad, esa señorita fugaz que en los días veraniegos se derrite sobre asfalto, se tuesta con la brisa marina y lucha contra insistentes insectos bajo un pino, recoge, en lo torero, un nombre: el de la señorita torera Tamara, una bella muchacha sudafricana que lo tiene todo y todo lo daría por verse en los ruedos en la dura lucha que supone torear a una res brava y competir con toreros hechos y derechos y apoderados que desde la sombra fuercen y ende-

rezan según su cotización en la boisa taurina.

Tamara ha estado unos días enferma, y se repone en El Escorial, tierra de toros al pie de sus sierras, toros de tanto renombre como los de don Antonio Pérez Taberner, criados en la finca "Puerta Verde"; los de doña María Teresa Oliveira, en "El Campillo", la finca que fué recreo de Felipe II y luego predios donde los toros de Manuel González y de Pinohermoso crecen y crían sangre brava con pastos eterna-

mente verdes en las frescas ribe-ras escurialenses.

RECUERDOS Y CICATRICES

Del temple y valor de Tamara hablan proezas realizadas fuera de los ruedos, que ya es realizar, porque el burlar a una fiera con una tela de color requiere presencia de ánimo y potencia de sereno resolver en segundos mil difíciles problemas que crean los músculos y los matices de la acometida bovina.

Tamara, de estas hazañas, no sólo tiene el recuerdo, que explica con su gracejo y expresiva conversación. También quedaron huellas en su cuerpo, y de otras increíbles aventuras pueden hablar sus fascinantes ojos verdes.

NO. LEONES, NO, POR PEQUEROS QUE SEAN

Desde muy niña, Tamara sintió afición a la caza, y, viviendo en pleno corazón de África, no iban a ser sus proezas cinegéticas a base de la codorniz sencilla acerbillada por perdigones, ni el tímido conejo que, tras "consultar el aire" con su respingoncilla nariz, cae en dramática voltereta camino del zurrón.

Tamara fue cazadora de fieras. Cuando era casi una niña—y ahora poco menos que lo es—, y acompañada de cazadores veteranos y servidores negros, como en esas películas de selva que tanto gustan desde una cómoda butaca, atravesaba tupidos paisajes selváticos, y a la hora de estar frente a un león acorralado por los ojeadores, su rifle sabía disparar ligero y certero, menos en una ocasión que, encantada con la belleza de un cachorro ya talludito, dejó su rifle, se acercó a la fiera, y ésta, ignorante de las clases de adorno y educación para tratar con señoritas, de un zarpazo desgarró la carne de Tamara, que ocultó cuanto pudo sus heridas para no estropear la cacería.

PARTE FACULTATIVO

Si la selva dejó señales en la piel de Tamara, su afición al torero le costó igualmente verter sangre en los ruedos. En una de sus actuaciones no quiso... aliviar



Ante el público que la aclama, Tamara torea garbosamente a un toro con su capotillo elegante.

las defensas de su enemigo por amor propio y contestación torera a quienes ponían en duda su auténtico valor, y vino el percance, el grave percance. Cuando Tamara loreaba con su armoniosa serenidad, y ante el tojo gazapón no usaba de naturales recursos defensivos que para esas tardas reses tiene el toreo, tanto y tan cerca aguantó, que fué cogida, volteada y herida en una ingle. Tamara, en la enfermería, dió muestras de una serenidad y un sobreponerse al dolor que dejó asombrados a los galenos, y cuando, curada de este percance, reapareció en los ruedos, dió orden terminante de que no se despuntara a su enemigo, y a pitón limpio y afilado Tamara realizó su toreo con más valor que antes de recibir su bautismo de sangre.

UN DISPARO EN LA SELVA

De los ruedos tenemos que volver a la selva para hablarles de una muestra más del temple de Tamara y de su valor total siendo, como es, una mujer llena de exquisita femineidad. En otra ocasión Tamara participaba en una cacería de elefantes. Señalados los sitios para cada rifle, Tamara se aventuró a salir de su puesto y la manada de paquidermos a la vista hizo que los cazadores diesen gusto a los gatillos. Uno de estos disparos hirió en el pecho a Tamara, y con mucha suerte, porque pudo costarle la vida su imprudencia de atravesar el espacio por donde las balas buscaban la recia piel de las piezas a cazar.

¡LAGARTO! ¡LAGARTO!...

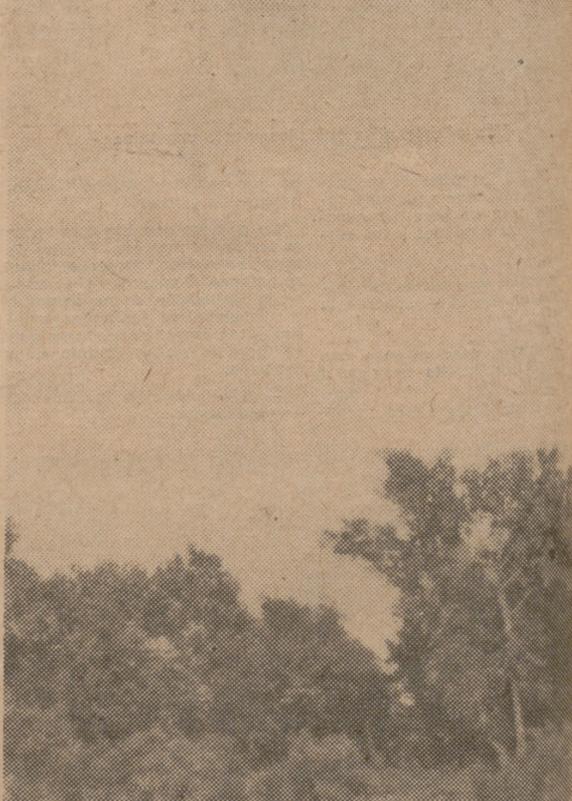
Otro detalle del estoicismo y fascinación de Tamara fué en una ocasión en que dormía en una casa de campo. En su habitación se introdujo una gran serpiente, y por verdadera casualidad Tamara se despertó cuando el reptil, erguida su venenosa cabeza, amenazaba morder a la bella durmiente. Tamara, serenamente, quedó con sus ojos de esmeralda fijos en los quietos y obsesionantes de la serpiente. Fueron unos mudos segundos de desafío sereno, los suficientes para con todo sigilo apoderarse de un jarro con agua que había en la mesilla y lanzarlo con todas sus fuerzas y rapidez al acechante bicho y dar tiempo en el desconcierto de éste de saltar fuera de la estancia y ponerse a salvo de la terrible boca amenazante para destilar su mortífero veneno.

EXQUISITA FEMINEIDAD EN VESTIDOS, ALHAJAS, E INCREIBLES TRAJES DE BAÑO

Hemos hablado del valor de Tamara y de su estoicismo, demostrado lo mismo ante una fiera de la selva que ante otra criada por el hombre y ante las armas mortíferas por él inventadas. Pero Tamara es fundamentalmente una bella mujer, de exquisita femineidad. Más de un centenar de trajes de las más ricas telas y agujas famosas componen su vestuario. Entre ese oleaje de tejidos de exquisito gusto y modernidad penden los trajes cortos camperos, y entre las espumas de la ropa ínfima los rizos blancos de las pecheras toreras. Los dedos de Tamara se cubren discretamente de ricos anillos. Uno va siempre ajustado en su mano. Mejor, dicho, tres anillos que componen uno, y que Tamara se ajusta con misteriosos cambios, según el día y el momento que vive. Sorlilegio que cuando lo quiere el reportero desvelar sólo tiene la contestación de una encantadora sonrisa.

Como detalle humorístico de esta femineidad, les contaremos—¡perdón, Tamara!— un secreto. Tamara tiene trajes de baño

ESQUI AEREO



Este caballero suspendido en el aire es un deportista decidido a multiplicar las emociones del esquí acuático. Esta vez se trata de volar a alturas de 35 metros y a partir de la pista acuática. El inventor del artefacto se llama Van Gray y es un funcionario del Estado americano. Su aparato navega a impulsos del viento y alcanza velocidades de 50 kilómetros por hora. La espectacularidad de los aterrizajes se ha convertido en uno de los motivos turísticos de la playa de Sacramento, donde veranea el valeroso y original burocrata.



Tamara hace el paseillo en una plaza portuguesa.

HA MUERTO YLLA...

UNA BUENA AMIGA DE LOS ANIMALES LLAMADOS SALVAJES

La más audaz fotógrafo de las selvas



La eterna estampa de la amistad entre los animales y los niños.



Ylla, en una de sus últimas fotografías, acaricia a un gracioso mono que ella recogió herido y vendó cuidadosamente, en el transcurso de una de sus audaces incursiones en la selva.

HACE algunos años una bonita joven rubia entró en el despacho del famoso director de una revista gráfica. Iba modestamente vestida y llevaba bajo el brazo un enorme cartapacio, en el que, sin duda, transportaba su tesoro. Explicó que había llegado a Pa-

ris hacía unos días, atravesando toda la Europa Central. Eran todavía los tiempos en que las jovencitas no salían de casa sin ir pegadas a las faldas de su madre. Por tanto, este largo viaje de la visitante intrigó al director, que la miró más atentamente. Era casi pelirroja, tenía unos pequeños ojos claros muy despiertos, una agradable suavidad de líneas en el rostro y explicó que adoraba la fotografía.

UNA VISTA DE LA TORRE EIFFEL

Era los tiempos de las fotografías un tanto estandarizadas. Ella sacó de su carpeta una vista de la Torre Eiffel, en la que estaban aprovechados hasta el límite unos curiosos efectos de luces y sombras.

—Es maravilloso lo que usted ha hecho—reconoció el periodista. —¿Cree usted que podrá vivir en París fotografiando perros?

El caballero quedó un poco confuso, pero inmediatamente recordó a muchas damas amigas propietarias de hermosos ejemplares de perros y a las que, sin duda, les encantaría tener una gran fotografía de ellos.

—¿Por qué no?—contestó—. Todo es cuestión de que lo intentemos.

La muchacha le enseñó algunas fotografías de animales domésticos verdaderamente admirables.

—Creo que usted será..., quizá lo es ya, una de las grandes figuras de la fotografía. Su especialidad es interesantísima.

LOS PRIMEROS PASOS

Instaló un pequeño estudio en

un barrio estudiantil de París, y poco a poco, con su talento, su buen carácter y su paciencia, consiguió hacerse con una clientela importante. Fue entonces cuando comenzó a viajar por todos los países de Europa donde hubiese notables Parques Zoológicos, y muy pronto inició la publicación de álbumes de fotografías de animales que, por el arte indiscutible de su autora, consiguieron un triunfo definitivo.

Llegó la guerra. Marchó a América y allí se inició su nueva carrera, la más apasionante y la que finalmente le ha dado más gloria. Como reportero gráfico se especializó en la fotografía de animales en libertad, y ha dejado una notabilísima colección bajo los títulos de "Los pajaritos", "Los cachorros", "Los pequeños elefantes", etc.

Viajó por todo el mundo, de modo muy especial por África y Asia. En cierta ocasión, en los montes del Tíbet, fué mordida por un tigre, al que se empeñó en fotografiar a menos de un metro de distancia.

TALENTO Y VALOR

De Ylla, es tan notable su talento como su valor. Experla en selvas, las recorrió con un arrojo notable. Sus colecciones de fotografías recogen toda la fauna más extraña, tanto de Asia como de las islas más remotas del Pacífico.

Tenía muy buena amistad con los más famosos maharajás de la India, a los que acompañaba con frecuencia a la caza por los verticuetos de la jungla. Su valor le permitía esperar hasta el último segundo antes de disparar el "flash".

EL TITULO DE "REINA" DE LA BELLEZA SE COTIZA POCO EN HOLLYWOOD

«He triunfado cuando el mundo olvidó que era «Miss Cualquier Cosa»

ES LA SORPRENDENTE AFIRMACION DE UNA EX MISS DE FRANCIA



Dentro de poco será proclamada Miss Universo, en el espléndido marco de Long Beach. De todas las regiones del mundo llegan muchachas, bellísimas la mayoría, con la esperanza de triunfar y lograr el título codiciado de belleza internacional. De cincuenta muchachas saldrá una, que en poquísimo tiempo ascenderá del anonimato a esa celebridad aparatosa que es ser miss una temporada.

Además Hollywood está cerca, y quien más, quien menos, piensa que, si no hay título, puede "caer" algo de cine, o quizá las cosas a la vez. Y han leído que la Compañía Universal Internacional, que ya no apadrina el concurso, renovará el contrato de Myrna Hansen.

Myrna, belleza americana, era Miss Universo en 1954, y es la única, entre sus predecesoras, que aún figuraba en los registros de esa Compañía.

Y pensando qué ha sido de las demás, hemos llegado a conocer a dos, Miss Francia:

Cristiane Martel fue además Miss Universo en 1954, y se divorció con el mismo estilo. Y después desapareció de Hollywood y apareció en México.

—Aprendí el español y trabajo sin descanso—dice ella—. Comencé con una película de Cantinflas, "Arriba el telón". Luego, Cantinflas montó para mí, en el Folio-Bérgere, de México, una revista donde canto y bailo "Figalle, Señal", etc. También he debutado en la televisión, en una emisión dramática, donde hacía de muda. No puedo quejarme.

Jacqueline Beer, Miss Francia 1954, se cree más dichosa aún. Está comprometida con la Paramount, y le han prometido un papel en varios films con William Holden y Deborah Kerr. Otro compromiso a la vida y amores de Omar Khayyama y otro intercalando una escena de Ingrid Bergman en "Cuando sueñan las campanas".

—Ahora—termina—creo que voy por buen camino. Y ¿sabeis por qué? Porque nadie se acuerda de que yo he sido "Miss Anybody".

De mujer a mujer

por NURIA MARIA



CONTESTACION A GADITANA DITANA

Cuanto lamento el contratiempo, señorita, pero me es imposible complacerla. Nombrar productos, títulos de libros o cualquier cosa por el estilo parecería una propaganda, que en modo alguno es mi intención. Por lo mismo, esperemos a que pueda mandarme sus señas, para que le conteste particularmente, para decirle lo que desea saber.

Contestación a María Gloria Córdoba:

Ese joven dirá lo que quiera y se mostrará todo lo condolido que guste; pero lo cierto es que su comportamiento es del todo reprochable, y lo que descubrió usted, esto es, que se escribía con otra muchachita en plan de novios al mismo tiempo que con usted, le presenta como objeto indigno de toda confianza. Porque, María Gloria, si estuviera yo en su lugar, me abstendría de nuevas felicitaciones, etc. Fomentar una reconciliación será también fomentar la posibilidad de una nueva decepción. Quien hace un cesto hace ciento. Créame: si le ve personalmente, salúdele con cierta sequedad y no permita que la acompañe. Correría el riesgo de que la convenciera para que fuera indulgente, y al poco tiempo se repetiría la amarga experiencia que yo creo ya debe bastarle haberle recibido una vez.

Contestación a Mercedes: Puesto que son varias las

preguntas que sobre problemas de belleza me hace, le agradeceré me comunique sus señas, remitiéndome adjunto el franqueo preciso para contestarle por correo; esto facilitará mi labor muchísimo, ya que explicarle cómo debe proceder con su cutis para suavizarlo, como con sus manos para hacerlas más hermosas, como con su pelo para que desaparezca definitivamente, y el tratamiento adecuado para adelgazar, exigiría una extensión que a través del periódico me es imposible otorgarle. No obstante, para no aplazar todas las soluciones hasta que me comunique sus señas, le diré en esta la manera de combatir esa sotabarba que resta belleza a su cara.

Precisa ante todo que se empeñe en llevar la cabeza levantada, enderezando la parte de atrás del cuello y la barbilla. Además, conviene que diariamente le dedique unos minutos de gimnasia facial. Con la cabeza alta y derecha, dele vuelta con lentitud hacia la izquierda, hasta que la barbilla forme una línea recta, perpendicular con el cuello. Vuelva a tal posición de frente y repita el ejercicio hacia el derecho.

En posición normal los hombros, flexione la cabeza, intentando tocar con la oreja derecha el hombro del mismo lado. Luego, levántela e inclínala hacia el hombro izquierdo. No incurra en el error de levantar el hombro, fuese bien, sino que ha de bajar la cabeza. Coloque sus manos debajo de la barbilla, con los nudillos en contacto con ésta, y mueva los de la mano izquierda hacia la oreja izquierda y los de la de-

recha hacia la de este lado, haciendo presión.

Péguese varias veces con el revés de los dedos bajo la barbilla con movimiento rápido.

Los pulgares colóquelos juntos bajo la barbilla y las puntas de los demás dedos, también juntas, en la mandíbula de manera que los huesos de éstas y la barbilla se encuentren aprisionados entre los pulgares y los dedos. Haga masaje con movimientos circulares. Ponga los dedos algo más separados de la barbilla; pero en la misma posición, y repita los movimientos circulares. De este modo, avanzando siempre hacia las orejas, vaya sometiendo ambas mandíbulas al masaje hasta que los dedos alcancen los huesos de atrás de las orejas. Los dedos no deben resbalar sobre la piel, sino ser ésta la que se mueva bajo su presión.

Antes de empezar estos ejercicios unte la parte de su rostro a tratar con un poco de coldcream. Haga cada ejercicio unas veinte veces, y no olvide ser constante en el tratamiento. Cuando me escriba, no olvide repetirme todas las consultas que en su carta de hoy me hace y dejo sin contestación.

Distinguida Nuria María: Con satisfacción leo sus respuestas publicadas en el diario PUEBLO en el consultorio "De mujer a mujer", y por lo atinadas que son me place felicitarla. Quisiera me aclarara con su gentileza las siguientes dudas: Primera. ¿Qué familiares o qué personas son llamados a ocupar la presidencia en el banquete nupcial, acompañando a los novios, y en qué orden?



EL CASO de la BAILARINA Y SU CABALLO

Erle Stanley Gardner



—Es una larga historia—respondió.
—Me gustaría conocerla.
—Desde mi primera actuación como bailarina tuve éxito. Creo que mi trabajo es de cierta calidad. Trato de hacer de mi danza un símbolo de gracia y libertad. No me limito a evolucionar, como tantas otras bailarinas de abanicos, sino que aspiro a vivir la danza. Usted se reirá, pero así es. Me siento libre de ropas y de convencionalismos. La gente no siempre gusta estar esclavizada por los convencionalismos y... bueno, hay cosas que no se pueden traducir en palabras.

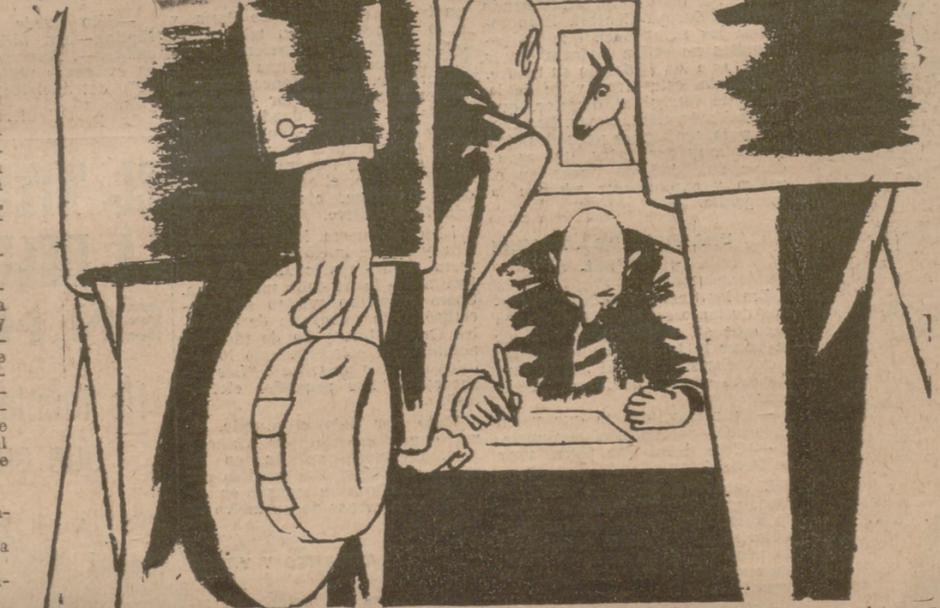
Hizo una corta pausa, y prosiguió:
—Había una muchacha que poseía un cuerpo muy parecido al mío y que aspiraba a convertirse

ne la carta en su poder. Mi marido actuó como testigo. Cuando firmó con el carácter de tal, me dijo que aquel documento me protegería.
—¿Qué le ocurrió cuando abandonó Brawley?
—No vi razón alguna que me obligase, por entonces, a renunciar a mi antigua carrera, y le telefoné al señor Barlow, diciéndole que había perdido el programa de mi "tournee" y que me lo leyera por teléfono. Así lo hizo, y yo anoté todos los datos. Luego le envié a Irene un telegrama informándole de que desde aquel momento nuestro acuerdo estaba liquidado y que ella debería recobrar su verdadera personalidad.
—¿Y qué hizo Irene?
—Me telegrafió diciéndome que había legalizado

pues, resolví partir, sencillamente, para la localidad primera antes de que Irene lo pudiese hacer, a fin de montar uno de mis espectáculos. Luego, cuando ella se presentase a reclamar que era la única autorizada para actuar, yo plantearía el problema entre la concurrencia y dejaría que el gerente decidiese entre ambas. Me constaba que la elección no iba a serle dudosa.
—¿Y qué resultado le dieron sus planes?
—Irene me venció. Estuvo en Palomino antes de que yo llegara a ese punto, y su amigo Harry ya lo tenía todo arreglado. Decidí dejarla trabajar allí, con el pensamiento de marchar a la siguiente localidad donde tenía que actuar Irene, explicándole al gerente del local que había terminado antes de lo que yo creía mi anterior compromiso y que podría, por lo tanto, actuar como atracción fuera de programa, durante un par de noches, pagándome sólo medio sueldo o algo así.
—Después de que usted se separó de Callender, en el hotel Richmond—le dijo Mason—, ¿cuenta con alguna buena coartada?
La mujer denegó con la cabeza, y Mason añadió:
—Entonces tengo que mantenerla fuera de la circulación durante un tiempo prudencial, Lois.
—¿Por qué?
—La Policía la busca ahora. Revisarán los registros de hoteles, difundirán por radio una descripción suya y todos los coches patrulla de la ciudad andarán tras sus pasos.
—Esta ciudad es bastante grande—apuntó Lois Fenton.
—Sí, pero su aspecto es bastante llamativo. ¿No tiene otra ropa?
—Sí.
—¿Dónde?
—En el hotel donde estoy alojada.
—¿Se ha registrado allí con su propio nombre?
—Naturalmente.
Mason osciló la cabeza e interrogó:
—¿Y no tiene alguna otra ropa en su automóvil?
—No.
Mason se paseó, pensativo, por el despacho, y al final le dijo:
—No puedo dejar que vaya al hotel. No obstante, si no regresa, dará la impresión de que trata de escapar de algo, y la Policía puede interpretarlo como indicio de culpabilidad. ¡Ya lo tengo! La llevaré a un sitio en donde la Policía no la encontrará y, al mismo tiempo, donde es lógico que usted pueda estar sin necesidad de regresar al hotel para cambiarse de ropa.
—Pero un lugar así no existe—dijo la bailarina.
—¡Lo hay!—aseguró Mason—. Usted fué a ver su caballo. Conseguiamos localizarlo en el Valle Imperial, y en estos momentos está a punto de llegar a la ciudad.
El rostro de la joven se iluminó.
—¿Qué maravilla! Dígame, señor Mason: ¿está herido?
—No. Parece encontrarse perfectamente, salvo un pequeño arañazo. En el borde de la silla creo que hay incrustado un proyectil.
La bailarina frunció el ceño.
—Sospecho que ésa es una de las maniobras de John. Así es como él trata de resolver los problemas. Esto debe ser parte de algún plan...

—¿Le fué robado el caballo mientras usted estaba allí?
—Robado o descañado; yo supongo que lo primero. Lo tenía ensillado y con bridas. Ya hacía rato que había oscurecido. Como usted sabe muy bien, en esa región hace mucho calor y no es posible ir montada a caballo durante el día. Siempre hay que hacerlo aprovechando las horas nocturnas. Había cabalgado hasta segundos antes de iniciar mi trabajo, y cuando lo terminé, volví a montar por unos instantes. Cuando, finalmente, salté de la silla, le dije al hombre que cuidaba del animal que esperara un par de horas antes de quitarle la montura.
—¿Por qué?
—Porque estaba sudando, y también porque pensé que la vez mi hermano quisiese montarlo.
—¿Le preguntó su hermano esa noche si podría montar su caballo?
—Sí. Había una y a él le constaba que yo estaba trabajando en el club nocturno.
—¿Qué sucedió después?
—Perdí al caballo definitivamente de vista. Cuando, a la mañana siguiente, fui en busca del animal y pregunté al que se cuidaba de él si lo había despojado de la montura, éste me contestó negativamente anunciándome que mi hermano había subido a él, sin haberlo devuelto todavía. Aquello me pareció algo absurdo. Entonces me dirigí a Jasper, y éste me dijo que, en efecto, había ido a buscar el caballo, pero que el animal ya no estaba. Calculé que el cuidador lo habría desensillado, y renuncié a la idea.
—¿Ató usted el caballo?
—No. Me contenté con abandonar las riendas sobre su lomo. Jamás se me ocurrió pensar que se marcharía.
—¿Y cree usted que se marchó?
—A decir verdad, señor Mason, yo opino que el caballo fué robado. Cualquiera que se hubiese propuesto esto pudo hacerlo fácilmente.
—Muy bien—dijo Mason—. Esto nos hace retroceder a su actuación en el Valle Imperial. ¿Qué hizo usted después de dejar Brawley?

—¿Y usted consintió?
—En aquel momento me sentí generosa, y, en efecto, accedí.
—¿Hubo convenio por escrito?
—Sí. En esto fué donde cometí un error. Le entregué una carta especificando que podría usar mi nombre hasta que yo quisiera recobrarlo.
Firmamos ambas, pero no guardé copia. Ella tie-



todos los certificados que yo tenía cuando me retiré para casarme y que ahora eran de su propiedad, estando en su mayoría a nombre de Cherie Chi-Chi. Por lo tanto, yo estaba obligada, si persistía en mi idea, a conseguirme otros. A ella le constaba que yo no guardaba ninguna copia de la carta y que mi marido no movería un solo dedo para proteger mis derechos. Al contrario, procuraría hacerme todo el daño posible. Incluso había terminado por obsesionarse con mis abanicos predilectos.
—¿Qué hizo usted?
—Resolví engañarla. Dicho sea de paso, Irene no vale gran cosa como bailarina de abanicos; simplemente maneja algunos pasos de danza. Los abanicos los maneja perfectamente y trata de dar a su figura el máximo interés. Esto cae muy bien en cierta clase de espectadores, pero hay que tener en cuenta que también, asiste gente seria a los clubs nocturnos. Se trata de quienes van en compañía de sus esposas o de sus novias, y éstos no desean presenciar algo demasiado llamativo. Así,

(Continuará.)

(Publicada con autorización de la Colección "El Buzo".)

NUEVO JUICIO DE SALOMON Y OTROS DICHS VERANIEGOS

EL animal más robusto, en relación con su peso, es el escarabajo, que puede transportar 850 veces e. peso de su propio cuerpo. Si un hombre tuviese una fuerza proporcionada, podría cargar a sus espaldas un peso de setenta toneladas.

Cincuenta mil veraneantes ingleses han ingresado en las colonias desnudistas esparcidas por distintos puntos del país. El "Punch" lo comenta así: "Es que no quieren pasar el verano metiendo las manos continuamente en los bolsillos".

el comerciante—. He hallado el modo de duplicar mis ingresos. Si hoy viene un tipo a comprarme un saxofono o una trompa, o más probable es que mañana venga un vecino suyo a comprarme un revólver...

Al principio del siglo pasado, cuando las luchas entre los aventureros de Texas y los indios, el famoso Big Foot Waller fué herido y prisionero por los siers rojas y condenado a muerte. Estaba ya atado al palo de los sacrificios y rodeado de una inmensa multitud ululante, cuando se le acercó una viuda india, con el rostro cubierto, y se le ofreció como esposa. De acuerdo con las leyes de la tribu, Big Foot Waller sería libertado en el acto. Waller se fijó atentamente en la viuda, una vez que ésta se hubo quitado el velo. Waller se volvió hacia sus verdugos: "Creo que es mejor que me mateis".

Tristan E. tenía un gran archivo de recortes de periódicos en que se le aludía.
—¿Por qué hace usted eso?
—Le preguntó un amigo—. ¿Por vanidad?
—¿De ninguna manera! Así me entero de las historietas que se me atribuyen y luego las lanzo como propias.

Un autobús con turistas fueja por las calles de París. Ante la tumba del Soldado Desconocido, el guía pide un minuto de silencio "por el que aquí reposa".
Sigue el autobús su ruta. Ante el edificio de un ministerio, un turista solicita una parada: "Un minuto de silencio por los mil quinientos que aquí reposan".

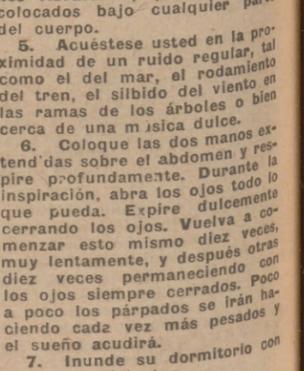
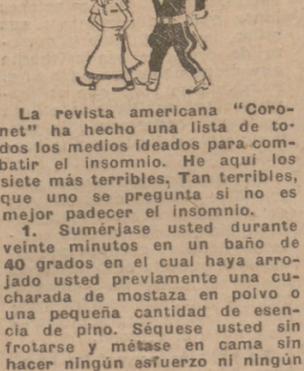
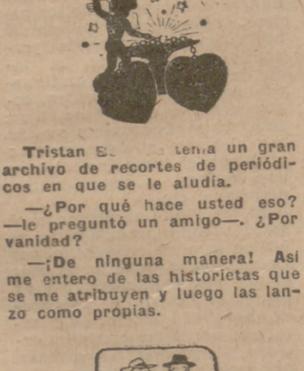
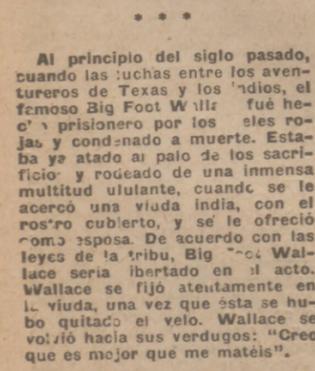
La revista americana "Coronet" ha hecho una lista de todos los medios ideados para combatir el insomnio. He aquí los siete más terribles. Tan terribles, que uno se pregunta si no es mejor padecer el insomnio.
1. Sumérjase usted durante veinte minutos en un baño de 40 grados en el cual haya arrojado usted previamente una cucharada de mostaza en polvo o una pequeña cantidad de esencia de pino. Séquese usted sin frotarse y métase en cama sin hacer ningún esfuerzo ni ningún gesto inútil.
2. Manténgase usted en pie en una cuba llena de agua. Envuélvase la cabeza en una servilleta previamente sumergida en agua helada, y convuelva su cuerpo en una sábana mojada en agua que tenga la temperatura de la pieza en que se encuentra. Al cabo de algunos minutos séquese usted y métase en cama.
3. Póngase usted compresas de agua a 25 grados sobre el

abdomen. Cúbralas con un paño seco. Consérvelas, por lo menos, una hora, o la noche entera, si se queda dormido.
4. Acuéstese usted sobre un colchón eléctrico especial, que al transmitirle a su cuerpo vibraciones, le producirá una impresión extraordinaria de descanso. Existen igualmente almohadones vibratorios, que pueden ser colocados bajo cualquier parte del cuerpo.
5. Acuéstese usted en la proximidad de un ruido regular, tal como el del mar, el rodamiento del tren, el silbido del viento en las ramas de los árboles o bien cerca de una música dulce.
6. Coloque las dos manos extendidas sobre el abdomen y respire profundamente. Durante la inspiración, abra los ojos todo lo que pueda. Expire dulcemente cerrando los ojos. Vuelva a comenzar esto mismo diez veces, muy lentamente, y después otras diez veces permaneciendo con los ojos siempre cerrados. Poco a poco los párpados se irán haciendo cada vez más pesados y el sueño acudirá.
7. Inunde su dormitorio con perfumes violentos.

El novelista italiano Alberto Moravia cuenta lo siguiente de su estancia en Nueva York: En una calle de barrio vi a un individuo con un puesto callejero. Vendía instrumentos musicales y armas. Como yo no encontraba relación entre ambas mercancías, me acerqué al comerciante y le pedí una explicación.
—Es muy sencillo—contestó

Dos amigos hablan de cierta gamba.
—Hay una cosa que me agrada mucho en Pepita.
—¿Cuál?
—Que no es mi mujer.

A este propósito, recordamos la anécdota de Clemenceau. Cuando "el Tigre" fué nombrado ministro del Interior, acudió a las nueve de la mañana a la oficina y, acompañado del jefe de personal, se dedicó a recorrer las distintas dependencias. No había nadie. El jefe de personal, volado, no sabía qué explicaciones dar al ministro. Por fin llegaron a un negociado donde había un empleado de



MUNDO Ligero



INDECISION

No es que esta señorita presume de guapa—aunque puede hacerlo, la pobre—y quiera aislarse de sus semejantes yendo a vivir a lo alto de una azotea. Ella vive en Nueva York, donde el calor pa rece que ha secado hasta los estanques y los peces han saltado hasta su falda, sumiéndola en un mar de confusiones. Entre el pez y la flor, pensando donde podrá ir a respirar un aire puro y fresco, esta señorita se va a pasar el verano dudando entre el mar y la montaña.



ASI, CUALQUIERA

Una casa confortable, unas palmeras y un río próximo. Estos son los elementos de que se ha provisto esta mujer, guapa como la que más, para pasar felizmente las vacaciones estivales. Y no lo debe estar pasando muy mal, a juzgar por la sonrisa que se dibuja en su rostro. Ahí la tienen al salir una mañana camino del río, donde no la va a ser muy difícil pescar. Porque sin caña, sin cebo y demás artilugios de pesca, los peces saltarán a los ribazos a contemplar ese extraordinario adorno veraniego que proporciona a su río el verano.

Los que veranean y los que sueñan con veranear todos ansiamos tener en nuestra vida una isla de frescor. En realidad, las piscinas de las ciudades no son sino eso: islas artificiales en las que, a la sombra de unos árboles, imaginamos, como Robinson Crusoe, una vida que no existe. Las piscinas son más bien como pequeños lagos, y la isla es la tierra desde la que nosotros soñamos alrededor de esos lagos. Pero no bien ha llegado nuestra hora y tenemos que abandonar la piscina, nos damos cuenta de que nos estamos engañando, de que el lago no era sino un negocio y la isla el eterno ensueño de nuestro corazón. Poco necesitamos para soñar: unos árboles, un agua verde de cloro y en lo alto un cielo azul.

Ya desde la ciudad la piscina se nos convierte en una verdadera isla, es decir, en un encantador refugio en el que huimos del trabajo diario. Entonces sí que nos parecen islas ideales esas horas en las que, tumbados en la tierra, miramos el cielo y si entornamos los ojos creemos ver el mar, un mar chiquitito para los que nos quedamos en la ciudad, envidiando a los que gozan del mar libre y pensando en el fondo que el que no se consuela es porque no quiere.

M. P. A.



ASALTO

Ya se sabe que las costas han estado siempre expuestas a los asaltos de las gentes más extrañas. Llegaban los piratas, contemplaban un trozo de tierra apacible y allá se iban dispuestos a quedarse con todo lo que encontrasen por delante. Hoy en día también suelen producirse estos asaltos, si pudiesen levantar la cabeza, volverían avergonzados a sus tumbas. Pero no siempre se producen los asaltos tumultuarios; hay otra clase de asaltos que agradecen las gentes y la tierra. Como el de esta señorita, por ejemplo, que está dispuesta a conquistar ese trozo de tierra en que ha puesto su planta. Tenemos la seguridad de que los aborígenes no tendrán ningún inconveniente en dejarse dominar por tan deliciosa criatura, que, además, previsivamente, lleva su cesta con la merienda. Como observará el lector, la piratería ha mejorado mucho desde los tiempos del capitán Kidd y de Morgan. El feroz "pirata de pata de palo" ha sido sustituido—ventajosamente, a nuestro modesto juicio—por esta criatura que también roba, pero corazones. Así como en tiempos remotos los piratas causaban terror en las playas y provocaban la huida de los indígenas, estos otros piratas de nuestro tiempo son bien recibidos y el pabellón negro acogido como una prueba de cordialidad bastante más sincera que la sonrisa del señor Bulganin en la Conferencia de los Cuatro. Hay piratas y piratas, y nosotros, puestos a dejarnos robar por alguno, no vacilaríamos en ofrecer bienes y enseres a la señorita de esta fotografía. Las costumbres van evolucionando, y justo parece que una de las peores costumbres que ha tenido la Humanidad, se ajuste al ritmo de los tiempos nuevos y deje a un lado las barbas hirsutas, los parches en los ojos y el hacha de abordaje para dar paso a piratas decentemente presentados.

M
br
ju
de
ll
m
M
Co
gr
Je
qu
mo
no
es
su
y
no
do
pa
ga
am
lvo
era
ro
com
una
mer
Edu
una
Eno
de
los
cen
los
sin
Asi
fuer
cna
jéti
por
com
2 por
a la
apro
lo e
En f
tra a
que
nes.
Es
Or
Se en
ductiv
El di
trece, se
mera Ga
ta de ob
la calle c
del Pozo
trata: 49
Los pl
dinas ar
minarse
bles, de
cdo de
tía, pre
ciones en
Madrid
E. secret
Fernand